

hacia mí y me puso bruscamente el cigarrillo en la mano, diciendo:

—¡Tome usted! le corresponde por ser indudable que no hay quien le aventaje en ligereza para correr y saltar.

Dijo esto y desapareció, dejando por igual contentos con su broma á los vencidos y al vencedor.

Este es el último episodio referente á mí, de aquella noche. Después del *whist* pretexté un poco de fatiga y M. de Malouet tuvo la delicadeza de instalarme él mismo en una linda habitación contigua á la biblioteca.

Durante buena parte de la noche me incomodó el ruido monótono del piano y el de los coches, indicios de civilización que me hicieron echar de menos más amargamente que nunca mi pobre alojamiento del molino.

V

26 Septiembre.

He tenido la satisfacción de encontrar en la biblioteca del marqués los documentos históricos que me faltaban. Proceden, en efecto, de la abadía, y ofrecen á la familia de Malouet interés particular. Un Guillermo Malouet, noble y caballeresco fué quien á mediados del siglo XII restauró la iglesia y fundó la abadía con el con-

sentimiento de sus hijos Hugo, Juan y Tomás.

La carta de fundación es de 1145. Cartas posteriores prueban que la abadía del Rosel estaba en el siglo XIII en posesión de un especie de patriarca, jefe de todos los institutos de San Benito que existían entonces en Normandía.

Cada año se celebraba un capítulo general de la orden, presidido por el abad del Rosel, y al que asistían representantes de doce conventos. La reunión se celebraba en la sala capitular, hoy vergonzosamente profanada.

El abad era, como llevo dicho, el jefe de una orden ilustre, cuyo solo nombre basta para recordar cuánto el trabajo tiene de noble y austero.

Los archivos del castillo son muy curiosos y la biblioteca muy rica, y en ella me pasaría gustoso la vida dedicado á evocar los recuerdos de otras edades, si mis excelentes huéspedes no me quitaran con una mano la libertad que con la otra me dan.

—¡Sed libre! ¡trabajad cuanto gustéis!—me dice el marqués todas las mañanas. Una hora después entra en la biblioteca.

—¿Se trabaja mucho?

—Un poco, ahora comienzo.

—¡Cómo! ¡diantre! Hace más de dos horas que está usted aquí... Decididamente quiere usted matarse, amigo mío... Mi mujer está en el

salón... Cuando termine vaya usted á hacerla compañía. Le espera.

—Con mucho gusto.

—Pero nada de imposición; cuando no tenga qué hacer.

Se marcha para ir á cazar ó para dar un paseo por la orilla del mar.

Yo, preocupado con la idea de que me están esperando y comprendiendo que no haré nada de provecho, me decido á ir en busca de la señora de Malonet, á quien encuentro conversando animadamente con su confesor ó con Jacquemat.

De este modo suelo pasar la mañana.

Otras veces paseo á caballo con el marqués.

Por la tarde juego al *whist* y converso con las señoras, procurando que olviden el concepto que de mí formaran el día de la carrera, porque soy enemigo de las originalidades y de ésta más que de ninguna.

A media tarde vuelvo á la biblioteca y trabajo hasta la hora de la cena.

La sociedad habitual del castillo se compone de los huéspedes del marqués, numerosos á pesar de estar avanzada la estación, y de algunas personas de los alrededores.

Todo se hace con el exclusivo objeto de festejar á la hija única del marqués, que viene todos los años á pasar el invierno con su familia.

Es una joven de belleza escultural, que se di-

vierte con dignidad de reina y que se comunica con los mortales por monosílabos desdeñosos Pronunciados con voz de bajo profundo.

Casó hace doce años con un inglés agregado al cuerpo diplomático, lord A..., personaje tan hermoso y tan impasible como su esposa.

Dirige por intervalos á su mujer un monosílabo inglés, al cual ella responde imperturbable con un monosílabo francés. Tres lords diminutos, dignos del pincel de Lawrence, giran majestuosamente alrededor de sus olímpicos papás, testimoniando entre los representantes de los dos pueblos una secreta inteligencia.

Otra pareja casi tan original habita en su castillo vecino y viene cotidianamente á visitarnos.

El marido es M. de Breuille, antiguo guardia de corps y amigo íntimo del marqués.

Es un anciano vivaracho, que conserva cuidadosamente los restos de su apostura y que lleva un sombrero muy pequeño sobre sus cabellos grises, que pelna hacia arriba. Tiene la costumbre de recalcar las palabras y de hablar con lentitud que parece afectada. Sería muy amable si no tuviera el ánimo constantemente torturado por los celos y por un temor ardiente de poner de manifiesto su debilidad, que ya conocemos todos.

No es fácil de explicar por qué con tales disposiciones avaloradas con excelente juicio, ha

cometido la tontería de casarse á los cincuenta y cinco años con una mujer joven, linda y criolla.

—M. de Breully—dijo el marqués cuando me presentó al desconfiado esposo,—mi mejor amigo, que lo será también vuestro y que os cortará sin vacilar el cuello si le hacéis el amor á su mujer.

—¡Por Dios! ¡amigo mío!—replicó el aludido con voz que denunciaba su contrariedad y acentuando cada palabra,—no hay razón para que me presentéis á este caballero como el Oтелo de Normandía. El señor, puede seguramente... el señor, es completamente libre... Además, él sabe, seguramente, no traspasar los límites de las cosas... Y para más obligaros, caballero, me permitiréis que os presente á mi esposa, que desde este momento recomiendo á vuestras caballerosas atenciones.

Algo sorprendido por este lenguaje, tuve la inocencia ó la malicia de interpretarlo literalmente. Me senté resueltamente al lado de la señora de Breully y me puse á conversar con ella sin traspasar los límites de las cosas.

El esposo nos vigilaba de lejos sin perder ni uno de nuestros ademanes. Yo veía brillar sus ojos grises; sonreía nerviosamente y se apretaba los dedos arrancando á las falanjes crugidos siniestros.

M. de Malouet se me acercó bruscamente, me

ofreció una carta de whist y me obligó á levantarme.

—¿Qué estáis haciendo?—me dijo.

—¿Yo? nada.

—¿Ya habéis olvidado mi aviso? ¡Mirad á Breully! Es la única debilidad de ese hombre y todos se la respetamos. Haced lo mismo, os lo ruego.

De la debilidad de este hombre resulta que su mujer vive sometida á cuarentena perpetua. El carácter belicoso de un marido suele ser un atractivo más para los que gustan de enamorar á las casadas; pero nadie quiere arriesgar la vida sin apariencias de una compensación posible, y nuestro hombre está siempre tan en guardia, que nos amenaza, aunque sólo sea con un escándalo en público, al primer movimiento que pueda aparecer á sus ojos como una tentativa de avance. Esto desanima visiblemente á los más arriesgados, y es caso raro cuando la señora de Breully no tiene á derecha ó izquierda dos puestos vacantes, á pesar de su gracia atrayente, de sus grandes y expresivos ojos de criolla y á despecho de sus miradas suplicantes, que parecen decir á todas horas: «¡Dios mío! ¡no me inducirá nadie á la tentación!»

Tú creerás que el abandono en que vive manifiestamente la pobre mujer, debe ser para su marido un motivo de seguridad.

Nada de eso. Su ingeniosa manía sabe descu-

brir en esto una nueva causa para alimentar sus dudas.

—Amigo mío—decía ayer á M. de Malouet, —bien sabes que no soy más celoso que los otros hombres; pero debo confesarte que me inquieta grandemente una cosa. ¿Has observado que aparentemente no hace nadie la corte á mi mujer?

—¿Y eso te preocupa?

—Naturalmente: no dejarás de reconocer que eso no es natural. Mi esposa es bonita. ¿Por qué no se la corteja como á las demás mujeres? Aquí debe de haber misterio.

Afortunadamente para nosotros, no todas las mujeres jóvenes que habitan ó visitan el castillo están guardadas por dragones gigantescos. Algunas, por el contrario, y entre ellas dos ó tres parisienses, gozan de tal libertad y demuestran tal amor á los placeres y á la elegancia, que van más allá de los límites de la discreción.

Bien sabes que no soy de los que aman este modo de ser que responde mal á la idea que tengo formada de los deberes de la mujer; pero puesto á elegir, me afilo sin vacilar al bando de estas alocadas. Su conducta llega á parecerme hasta ideal, cuando por las noches sorprendo á ciertas señoras graves en flagrante delito de murmuración de comadres, destilando contra las jóvenes el veneno de la más baja envidia.

No es necesario salir de París para presenciar el repugnante espectáculo que dan frecuentemente los provincianos desencadenando su ira contra lo que ellos llaman el vicio; es decir, contra la juventud, la elegancia, la distinción, en una palabra, contra todo lo que estas buenas señoras no han podido tener ni tendrán jamás.

Muchas veces, pese al disgusto con que me entero de las murmuraciones de estas castas comadres, y á pesar de la repugnancia que me causa su ridícula virtud (¡oh virtud, cuántos crímenes se han cometido en tu nombre!), me veo forzado, á mi pesar, á estar de acuerdo con ellas en un solo punto y á convenir en que una de sus víctimas, cuando menos, da apariencia de justicia á su reprobación y á sus calumnias.

El mismo ángel del perdón se velaría la cara ante este modelo acabado de disipación, de turbulencia, de futilidad y de extravagancia mundana que se llama la condesa de Palma, y á quien todos conocen por el sobrenombre de la condesita: sobrenombre impropio ó injustificado porque la dama no es pequeña sino simplemente esbelta y nerviosa.

La condesa de Palma tiene veinticinco años: es viuda y pasa los inviernos en París con una hermana, y los estios en un castillo de Normandía, con la señora de Pontbrian, su tía.

Permíteme que te presente primeramente á la tía, que es una dama perteneciente á la no-

bleza más rancia, y se distingue á simple vista por un doble mérito: por el fervor de sus opiniones hereditarias y por su devoción exagerada. Son los apuntados dos títulos de recomendación que admito como buenos por mi cuenta. Todo principio firme y todo sentimiento sincero, exige en este tiempo un particular respeto.

Desgraciadamente la señora de Pontbrian debe de pertenecer, por lo que llevo observado, al grupo numeroso de intransigentes devotas que tienen muy poco de buenas cristianas. Es de esas que reducen á algunas prácticas aprendidas de memoria, y que por nada del mundo olvidarian sus deberes religiosos y políticos.

Las prácticas bastan para la tranquilidad de la conciencia: pero ni un solo impulso generoso y bueno, ni un asomo de humildad. La genealogía, su asiduidad á las iglesias y sus peregrinaciones anuales para visitar á un ilustre deserrado (quien probablemente no hallará el menor placer en ver el rostro de la devota), inspiran á esta mujer una idea tan elevada de ella misma y un desprecio tan grande para su prójimo, que llega á convertirse en un sér verdaderamente insociable. No se digna hablar más que con Dios, y preciso es que Dios sea todo bondad para escucharla.

Bajo el patronato nominal de esta vieja mística, la condesita goza de independencia absoluta que no vacila en aprovechar.

Después de haber pasado el invierno en París, donde inutiliza dos caballos y un cochero cada mes para proporcionarse el placer de dar diariamente una vuelta de vals en seis bailes diferentes, la señora de Palma siente la necesidad de gustar la paz de los campos.

Llega á casa de su tía, monta á caballo y parte al galope.

Viene al castillo frecuentemente, donde la excelente marquesa de Malouet le da pruebas inequívocas de un afecto que yo no acierto á explicarme.

Familiar con los hombres, impertinente con las mujeres, la condesita recibe constantemente homenajes, no siempre discretos, de los unos, y demostraciones de celos, rayanos en aborrecimiento, de las señoras.

Indiferente á los ultrajes, parece aspirar gozosa el incienso de la galantería; pero lo que más ansía es el ruido, el movimiento, el placer mundano llevado á sus últimos límites. Necesita á todas horas una cacería que dirigir, una partida de juego empeñada donde pueda saltar la banca, un cotillón desenfrenado que dure toda la noche. Un sólo minuto de reposo, de recogimiento y de reflexión, la mataría. No hay ejemplo de una existencia más accidentada y menos provechosa, de una actividad más incesante ni más estéril.

De esta suerte atraviesa la vida de prisa,

muy de prisa, graciosa, atareada é ignorante como su caballo. Cuando llegue al término fatal de la carrera, caerá de la nada de su agitación á la nada del reposo eterno, sin que la sombra de una idea seria, la noción más pequeña del deber, la nube más ligera de un pensamiento digno de un sér humano, hayan ocupado, ni aun en sueño, el cerebro estrecho que encierra su cabeza perfecta, interesante y estúpida.

Se podría decir que la muerte, tanto si la sorprende en la juventud como en la vejez, encontrará á la condesita tal como salió de la cuna, si fuera posible creer que ha conservado su inocencia del mismo modo que ha guardado la profunda puerilidad.

Esta loca, ¿tiene alma?

En verdad te digo que no acierto á adivinar qué podrá sobrevivir de este cuerpo una vez que haya perdido la vana fiebre y el soplo frívolo que hoy la animan.

Conozco demasiado bien el mundo, para que hubiera dado crédito á las acusaciones de inmoralidad de que la señora Palma es aquí objeto por parte de las viejas y de algunas jóvenes rivales suyas que tienen la bondad de envidiar el mérito de la condesita. Bien comprenderás que si la trato con rigor no es porque haga mías todas las murmuraciones y porque tome al pie de la letra todas las calumnias. Cuando los hombres se muestran severos con

ciertas faltas, se olvidan de que han pasado una parte de su vida buscando ocasiones para poner á las mujeres en trance y riesgo de que en provecho de ellos cometan otras faltas semejantes. Pero hay en el tipo femenino que quiero describir, para que tú lo conozcas, algo que á mis ojos resalta más que la inmoralidad, pero que no puede ser de ella separado.

A pesar de mi deseo de no singularizarme en nada, no he podido unirme á los otros para formar parte del cortejo de admiradores que la señora de Palma lleva uncidos á su carro triunfal. No sé si

Le tyran dans sa cour remarqua mon absence;

más de una vez lo hubiera creído juzgado por las furibundas y desdeñosas miradas con que me hiere, pero es más sencillo atribuir estos síntomas hostiles á la antipatía natural que separa á dos criaturas tan disemejantes como somos la condesita y yo.

Yo la miro á mi vez, de un modo que testimoniaría indudablemente la sorpresa que me causa la monstruosidad de semejante fenómeno psicológico. Así vivimos distanciados.

Para hablar con más propiedad, debiera decir: viviamos distanciados, porque en realidad se han agrandado las distancias á consecuencia de una aventura ocurrida ayer, y que me ha dado sobre la señora Palma ventaja considerable.

Ya te he dicho que la señora de Malouet, por inexplicable refinamiento de caridad cristiana, tiene por la condesita innegable predilección. Ayer conversaba yo con la marquesa en un rincón del salón: me tomé la libertad de decirla, riendo, que esta predilección era, por tratarse de ella, un mal ejemplo que no podía explicarme, por la misma razón que nunca había comprendido bien el pasaje del Evangelio donde el arrepentimiento de un pecador se estima en más que la constancia de un millar de justos, afirmación que siempre he tenido como ilógica y desalentadora para los justos.

—Ante todo—replicó la señora de Malouet,—debe usted pensar que los justos no se desalientan.

—Pero...

—No continúe usted porque aún tengo que añadir que los justos no existen. ¿Acaso tiene usted la pretensión de ser uno de ellos?

—De ningún modo.

—¿Entonces con qué derecho se atreve á juzgar tan severamente al prójimo?

—Yo no considero á la señora de Palma mi prójimo.

—Eso es muy cómodo. La señora de Palma ha sido mal educada y mal casada; pero puede usted estar seguro de que es un verdadero diamante sin pulir.

—Operación difícilísima.

—Nada de eso; bastaría un buen obrero, quiero decir un buen marido, que quisiera tomarse ese trabajo.

—Permitídmeme que compadezca á ese infortunado lapidario.

La señora de Malouet golpeó ligeramente el suelo con el pie, é hizo otras demostraciones de impaciencia, que en un principio no supe cómo interpretar; pero de pronto un pensamiento que tuve por luminoso, cruzó por mi cerebro: di por seguro que había descubierto el punto flaco, el único defecto de esta encantadora anciana.

Estaba poseída de la monomanía de preparar matrimonio, y en su deseo cristiano de apartar á la condesa del abismo de perdición, meditaba secretamente precipitarme con ella sin pararse á pensar si era digna de esta merced la condesita. Seguro de haber acertado me apercibí á una defensa, que ahora me parece ridícula.

—¡Dios mío! eso es demasiado—dijo la señora de Malouet:—¿por qué ha de dudar usted de sus aficiones literarias?

—No dudo de estas aficiones—dije,—sino de que sepa leer.

—Hablemos con seriedad: ¿qué reprocha usted á la condesita?—preguntó la anciana con voz singularmente emocionada.

Quise destruir de un solo golpe el sueño matrimonial, que, según creía, acariciaba la marquesa.

—La reprocho—repliqué—que pasa la vida dando el espectáculo soberanamente irritante, hasta para los profanos como yo, del entronzamiento de la nulidad y el vicio. Cierto que no tengo derecho á juzgar, pero en mi, como en todos los espectadores de teatro, hay un fondo de razón y de moralidad que se subleva ante los personajes despojados de buen sentido ó de virtud y que sólo aspiran á su triunfo.

La agitación de la anciana aumentó notablemente.

—¿Cree usted que yo la recibiría en mi casa si mereciera todas las piedras que la calumnia la arroja?

—Pienso que os es imposible creer en el mal.

—¡Bah! os aseguro que en esta ocasión no habéis dado pruebas de perspicacia. Esas historias de amor que se la atribuyen no tienen con ella ningún punto de contacto. Es una niña que no sabe ni lo que es amar.

—De eso ya estoy persuadido. Su coquetería vulgar basta para demostrarlo. Tampoco vacilaría en afirmar que los arrebatos de la imaginación ó de la pasión son completamente ajenos á sus errores, más censurables porque no tienen escena.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la señora de Malouet juntando las manos: ¡no siga usted! Repite que es una pobre niña abandonada... La conozco mejor que usted... Le aseguro que bajo esa

aparición de alocada hay tanto corazón como cerebro.

—Soy de la misma opinión: tanto de uno como de otro.

—Es usted implacable, amigo mío—dijo la marquesa dejando caer los brazos como desesperada.

En el mismo momento vi que se agitaba violentamente el cortinaje que cubría la puerta, cerca de la cual estábamos sentados, y la condesita, dejando el escondite que la habían obligado á buscar las exigencias de no sé qué juego, se presentó ante nosotros, y sin pronunciar una palabra fué á reunirse al grupo de jugadores que la esperaban en un saloncito inmediato.

Miré sorprendido á la señora de Malouet.

—¡Cómo! ¿Estaba ahí?

—Sí señor. Nos ha oído y nos veía.

Quedé algo confuso. Lamentaba la dureza de mis palabras, porque al atacar con tal violencia á la condesita, lo había hecho arrastrado por el interés de la controversia, más que por un sentimiento de animadversión. En realidad la joven me era indiferente.

—¿Y qué debo hacer ahora?—dije á la señora de Malouet.

La anciana reflexionó un momento y me respondió alzando ligeramente los hombros:

—Nada; es lo más acertado.

El menor soplo hace que se desborde una copa

llena; del mismo modo la contrariedad de esta escena parecía haber exagerado el sentimiento de enojo y aburrimiento que se habla apoderado de mí desde que estaba hospedado en el castillo.

La alegría continua de esta casa, este movimiento convulsivo, estas carreras, estas danzas, estas comidas, este bullicio sin tregua y este eterno ruido de fiesta me incomodan grandemente.

Echo con amargura de menos el tiempo que he robado á la lectura y á las indagaciones que me conciernen; echo de menos mi valle de Tempé, y, sobre todo, Pablo, te echo de menos á ti.

No niego que en este reducido centro social hay bastantes personas distinguidas para formar elementos de relaciones muy agradables; pero estos elementos están dedicados por entero á las fiestas mundanas que yo voy aborreciendo.

El señor de Malouet y el mismo señor Breuilly, cuando sus insensatos celos no le privan de sus facultades, son ciertamente inteligencia y corazones privilegiados; pero la diferencia de los años abre entre nosotros ancho y profundo abismo.

En cuanto á los jovencuelos y á los hombres de mi edad, van todos con paso más ó menos ligero por el camino de la señora de Palma. Basta que yo no los siga para que me testimonien

una especie de frialdad vecina de la antipatía.

Mi orgullo me impide hacer nada para romper este hielo, por más que dos ó tres de estos enemigos me parecen hombres inteligentes y revelan instintos muy superiores á la vida que aquí llevan.

Aquí se me ocurre repetir una pregunta que me hago muchas veces: ¿Valemos más tú y yo, amigo Pablo, que esta multitud de alegres compañeros y despreocupados vividores? Como nosotros tienen vergüenza y honor, como nosotros no tienen ni virtud ni religión, proplamente dichas. Hasta aquí somos iguales.

Sólo nuestros gustos y nuestros placeres son distintos. Todas sus preocupaciones se refieren á las ligerezas propias del mundo, á los cuidados de la galantería y á la actividad material; las nuestras se dirigen con predilección casi exclusiva al ejercicio del pensamiento y á las buenas ó malas obras de la inteligencia.

¿Acertarán ellos ó nosotros?

VI

1.º Octubre.

Pablo, aquí ocurre algo que no me satisface. Quisiera recibir tu opinión y tu consejo: envíame ambas cosas lo más pronto posible.

En la mañana del jueves, después de escribir